

El Senado, a instancias del poeta sevillano Cavestany, cerraba filas dando al Ministro Bergamín todo el apoyo para continuar financiando esta noble empresa.

El vate-senador, certifica en la Cámara Alta la dimensión internacional de los hallazgos, una nueva e irreversible vuelta de tuerca al reconocimiento de *Augusta Emerita* como la Roma de Hispania y en un paso más, adivinando 80 años antes, que esas piedras eran Patrimonio de la Humanidad.

Volviendo la vista, finalmente, a esa esfera casi íntima del equipo excavador, demostraremos -como el gramático tradicional- que toda oración en pasiva requiere de un sujeto paciente y un complemento agente, de alguien que lleve a cabo la acción y alguien que reciba el daño o beneficio de esta última.



El hallazgo de la casa-basilica culmina las exitosas campañas en el teatro romano.

Acción hubo, y mucha. Y toda, según dicen las aproximadamente mil cartas que se cruzaron y los documentos que vienen después, recayó en dos actantes con papeles muy diversos y un resultado final inmejorable: Macías excavó y puso en orden el yacimiento y Mérida allegó fondos y elevó memorias y propuestas, acompañándolas con mimo y acierto infinitos por los pasillos de la Corte.

Nadie pierde en ese pulso de fuerzas como profesionales. Como constó en acta senatorial, por boca de Cavestany, esa gestión dual fue ejemplo de aprovechamiento del dinero público y abrió camino a los que, en el futuro, tuvieron que ocuparse de excavar en una ciudad viva, negociando con los bien avenidos y expropiando a los díscolos, ya desde los años 20.

Cuando Europa se estremecía en puertas de la primera gran contienda bélica de la modernidad y España dormía el sueño posterior a su hecatombe como potencia, esta ciudad de provincias se empeñó en liderar el panorama arqueológico nacional. Mérida trajo el 25% del dinero que Instrucción Pública dedicaba a excavar en toda España, a su yacimiento preferido.

Macías se ocupó en solitario de cada parto de la tierra emeritense. Parafraseando su citado libro de 1913, fue su mano y no otra, la que exhumó por fin esos monumentos que "aún yacen enterrados bajo la Mérida moderna (...), cual si demandaran una mano piadosa que acabe de librarlos de la afrenta a que vienen condenados por la incultura de los tiempos."

Carlos Jesús Morán Sánchez. Instituto de Arqueología-Mérida.

El Marqués de Valdeflores, primer "arqueólogo" de Mérida (1752-1753).

El Siglo XVIII es un siglo de erudición dentro de los valores del movimiento ilustrado que, en España, vienen de la mano de la llegada de los Borbones al trono. Se imitan las instituciones francesas; bibliotecas y academias van a ser focos de difusión de la cultura. Se produce un brote de interés por la investigación histórica y la historiografía erudita. Se crean tertulias intelectuales y en este contexto surge la Real Academia de la Historia en 1738, que pone especial empeño en recoger las noticias de las antigüedades de primera mano para "limpiar la Historia de España de las fábulas que la ensombrecen".

Junto a la erudición se da otro fenómeno interesante: los viajes como fuente inmejorable de información sobre las cosas curiosas, antigüedades y costumbres de los pueblos de España y de Europa en general. Estos viajes ayudarán en gran medida a redescubrir lugares que la memoria del tiempo se había encargado de olvidar. Mérida, situada en la ruta que une Madrid con Lisboa, y con impresionantes restos de su antigüedad, va a ser objeto de numerosas visitas.

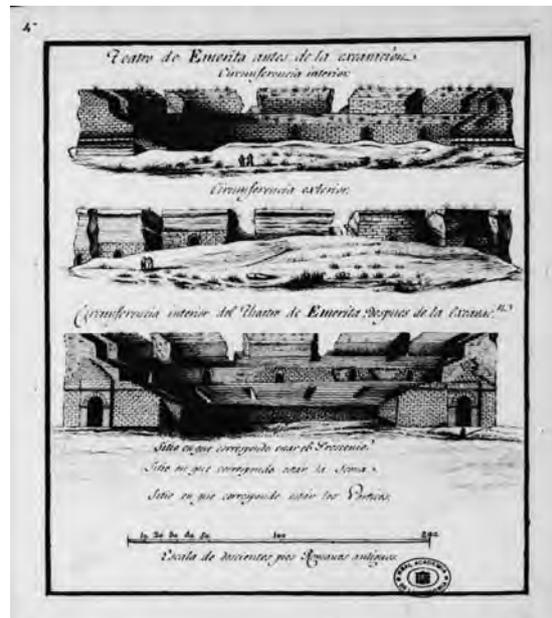


Con los auspicios de la corona, la Real Academia de la Historia programa un “viaje literario” para que “se averigüen las antigüedades de España y se recojan sus monumentos más importantes” y para ello se elige a D. Luí José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores. Es éste un erudito de su época con excelentes relaciones culturales en la Real Academia y amigo personal del Marqués de la Ensenada. Para efectuar su viaje se le dan una serie de instrucciones en las que se hace constar su remuneración, obligaciones y funciones. Se expresa concretamente que el viaje comenzará por Extremadura, en una instrucción probablemente estimulada por la carta que unos meses antes dirigió el médico emeritense José de Alsinet a la Real Academia quejándose del lamentable estado de las ruinas de Mérida y de la mala impresión que producía esto a los viajeros eruditos.

Es así como el Marqués de Valdeflores llega a Mérida en diciembre de 1752 acompañado por un dibujante para estudiar las antigüedades. En este proceso, que le detiene en la ciudad hasta agosto de 1753, documenta junto a Esteban Rodríguez, su dibujante, todos los restos arqueológicos de la ciudad.

Se conservan un total de 13 dibujos de Mérida, realizados a plumilla y tinta. Incluyen escala con el antiguo pie español, tal como se le ha indicado en las instrucciones dadas por la RAH. Para la medición y dibujo de los edificios antiguos usa la “machina óptica” siempre que el terreno lo permitía: se trata de un aparato óptico consistente en una caja cerrada y opaca con un orificio en su parte anterior por donde entra la luz, la cual reproduce dentro de la caja una imagen invertida de la escena situada ante ella.

También, amparándose en lo reflejado en las instrucciones, practica algunas excavaciones en el teatro romano, que dice “juzgué importantes para descubrir las preciniones, vomitorios y bóvedas subterráneas que conducían a la *orchestra*, logrando por este medio descubrir una parte del teatro antiguo no averiguada del todo hasta hoy”.



Las excavaciones en el teatro romano de Mérida realizadas por el Marqués de Valdeflores. RAH.

Manifiesta además a la Real Academia de la Historia su intención de “incluir una parte de otros monumentos distintos a los romanos: góticos, hebreos y árabes, principalmente las inscripciones y medallas”.

El trabajo del Marqués de Valdeflores, inédito en su práctica totalidad y bastante poco valorado en la historiografía de la ciudad, supone un salto cualitativo en la forma de abordar los restos arqueológicos. Es la primera vez que se documentan los edificios y otros restos mediante el dibujo y se utiliza para ello la última tecnología existente en la época, la “machina óptica”. Es, también, la primera vez que se realizan excavaciones en el solar del teatro con una intención “arqueológica”, es decir, para documentar el edificio, dejando constancia gráfica con el dibujo que demuestra el antes y el después de la excavación.

Se podría, por tanto, considerar a Luí José Velázquez de Velasco, Marqués de Valdeflores, el primer “arqueólogo” de Mérida.

